

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N^o 4. — Marzo 1^o de 1860.

Todas las comunicaciones relativas a los dibujos y a la
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de
 España y América, a los Sres. A. Laplace y C^a, calle de
 St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. .. — 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, A ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.



M. Gladstone, canceller del Echiquier, presentando a la Cámara de los Comunes el presupuesto y el tratado de comercio.

CRONICA DE PARIS.

(Concluye la historia pendiente en nuestra Crónica anterior.)

Llegó el presente invierno. Hace algunas semanas, la administración de correos recibía estas dos cartas, cuyo contenido nos ha sido confiado por un azar que es inútil explicar aquí.

« A M. de Rothelin, en el castillo de Choisy-le-Vieux, cerca de Etampes.

» Paris, ... enero de 1830.

» Querido René,

» Has sorprendido el principio de mis amores con el Norte; vas á conocer su fin! La princesa acaba de partir para Odessa, en donde la esperaba su marido para ir á tomar un mando superior militar. Porqué no ha partido antes, ó más bien, para qué ha venido? Esta mujer me ha hecho muy desgraciado de seis meses á esta parte! Mi necedad ha consistido, no en amarla, sino en decírselo. Con un carácter tan extraño, con ese espíritu fantástico, prendado de la contradicción, en continua insurrección contra todo lo que parece natural, permitido, lógico, habría yo tenido tal vez la suerte de ser adorado... si hubiera ocultado todo mi corazón, no mostrando mas que lo que llaman mi agudeza! Pero por haber sido sincero he sido oprimido, y ha parecido picante á esta rara criatura hacer un patito de lo que se tiene la bondad de llamar un hombre célebre, ó en otros términos, lo que es mas seguro, de tu pobre amigo! Hace ya dos meses habia abierto sin embargo los ojos, y su manejo me habia indignado hasta matar en mí el amor. He podido, por fin, casi curado, ser mas listo y huir de ella. Pero entonces su extraña naturaleza, amante de los obstáculos, prendada del imposible, se ha revelado bajo una nueva fase! Al frío desden, á las crueles denegaciones, han sucedido los arrebatos del amor que ya no experimentaba yo, y que se han trasladado á ella. Sin duda era una ocasión excelente y fácil para acordarme que habia adorado con pasión á esta ingrata... pero me he sostenido en mi entereza, en mi venganza, y me he dado la secreta alegría de desdeñar á una dama tan elevada!

» No obstante, es menester decirlo todo, mi querido René, no he tomado esta fuerza de resistencia de mí solo, es decir, de mi amor propio triunfando al fin de ese otro amor! Ha habido una colaboradora que, sin saberlo ella, me ha armado para este combate contra la imperiosa y ardiente princesa. Es ésta una joven de provincia, que lleva el nombre poco eufónico de *Corbinot*, pero de rostro celestial. Imagínate, mi buen amigo, que hace seis meses, esta joven, soltera en aquel entonces, vino á Paris, siendo heredera, libre de su corazón y de su mano, segun se dice, y procurando tal vez colocarlo todo en Paris, por odio á no sé qué pequeña villa en la cual carecia de aire intelectual. M^{me} Dal..., antigua amiga de mi familia, conocia, ignora de qué modo, á estas señoras (habia una tia que patrocinaba á la sobrina), y me invitó á comer con ellas... no sé porqué. Pero me fué imposible aquel día verme libre de la condesa, á quien tenia entonces la locura de amar como á una *resistencia*, y me disculpé caballerosamente con Madame Dal... Mas adelante solamente, por algunas palabras que ella me dijo encontrándome en el teatro de los Italianos, pude comprender que habia yo perdido un delicioso encuentro...

» Ahora bien, el otro día, querido René, cansado del ruido mundano en el cual vivo, y deseando pasar algunas horas tranquilas y saludables fuera de este odioso torbellino cotidiano, fuí de improviso á comer en casa de la excelente M^{me} Dal... Tenia huéspedes casualmente, y ya iban á sentarse á la mesa. Yo que-

ria escaparme, ella me retuvo, fuí presentado á una joven, y á su marido Corbinot. Pareceria yo un novelista pintando, describiendo á su heroína, si te dijera toda la hermosura, la simpatía y el atractivo que encontré en esta joven y verdadera beldad! La primera parte de la comida estuvo bastante ceremoniosa; pero poco á poco se rompió la valla, y en los postres yo... yo detestaba á la condesa!

» Antes de ayer volví á ver á esta provinciana. Habia yo enviado un billete de palco de la Opera cómica á M^{me} Dal..., esperando que le dividiria con sus huéspedes. En efecto, habiendo ido, á eso de las nueve, á lanzar mis gemelos desde la entrada de las lunetas, ví á la que me es insoportable llamar M^{me} Corbinot... y que prefiero nombrar Enriqueta. Ah! amigo mio, qué criatura tan deliciosa! Sabes, René, todo el encanto que emana de un espíritu que no se conoce á sí mismo? El atractivo que ofrece el contacto de una imaginación joven que se abre á la vida social, á la vida de las artes, á todo lo que eleva el corazón hasta la inteligencia, y hace comprender al mismo tiempo que *sentir*? Enriqueta se halla en esa fase deliciosa en que es necesario un guía para dirigir al espíritu aun inexperimentado, pero ya investigador; para desenvolver á los ojos de la inteligencia los encantadores horizontes en los cuales van á desplegarse el pensamiento y la sensación. El marido que ella tiene me parece mas ocupado de su comida que de sus ideas! Cómo criatura tan hechicera y tan inteligente ha podido caer en lote á semejante Corbinot?

» Fatal princesa... tal vez ha destruido ella toda mi felicidad! Me habia servido por lo menos este irresistible amor que me invade ya, á librarme totalmente de aquella peligrosa criatura, que seguía todos los pasos que yo me obstinaba en dirigir lejos de ella! Pero el destino y su boyardo la han llamado en fin á otras playas, y yo me quedo solo con la dulce y benéfica pasión que me subyuga. Mañana, á pesar de la resistencia bastante visible que M^{me} Dal... (quien presente ya algo) ha puesto en aceptarme como convidado, cuento con pasar el sarao al lado de Enriqueta, y sabrás... Pero me falta espacio en la cuarta página ya llena... y cuyo último renglon debe recordarte los afectuosos sentimientos de tu adicto amigo.

» X*** »

Ahora bien, dos dias despues, la señorita Octavia R*** recibia en el pueblo de Grosmont (Loiret) las líneas siguientes:

« Querida Octavia,

» Abandono á Paris, lo que no dejaré de sorprenderte. Tenia intención de pasar aquí el invierno, pero he cambiado repentinamente de idea, y mi turbado corazón experimenta la necesidad de confiarse á tí. Has sabido mi novelesco amor por X***, y tengo razón para llamarle novelesco, pues que este amor nació de la lectura de sus novelas. Ya sabes el triste desenlace que tuvo el viaje que emprendí el año pasado á Paris, con el proyecto de verle, de juzgarle, y de ofrecerle mi vida si realizaba mis ensueños! De vuelta en el pequeño castillejo de la Boisserie con mi decepción, mi humillación, despues de haber corrido, por decirlo así, tras este hombre sin lograr siquiera colocarme bajo sus miradas, he sentido toda mi locura, y sin embargo, he acabado poco á poco, merced á los consejos de mi buena tia Agata, por casarme con el que ella protegía y que debe darme esa felicidad tranquila que no se aprecia verdaderamente sino despues de algunas borrascas. Pero él tambien ha deseado ver á Paris, en donde teniamos que comprar algunos objetos para nuestra instalación. Te confesaré sinceramente que el imprudente pensamiento de volver á ver á X***, de ser vista por él esta vez, me obligó á aceptar la ofer-

ta de mi marido. Todo ha salido segun esta imprudente esperanza...

» Le he visto... hemos pasado varias veladas juntos...

» Qué te diré, querida Octavia? Me amaba... todo me lo ha dicho en él, — escepto sus labios...

» Ah! un hombre como éste no debe amar tímidamente... como el bueno de Oscar me amaba hace dos años!

» He sentido el peligro, he previsto catástrofes... y he huido!

» Hasta muy pronto, amiga mia, cuento contigo para pasar el mes de mayo en la Boisserie, si no conduco á mi marido hasta Italia. Te abrazo de todo corazón.

» ENRIQUETA CORBINOT. »

Acaba definitivamente la historia de este modo? Lo esperamos por M. Corbinot...

En qué estriba la felicidad!

~~~~~ Lo que acerca de la extraña y brusca desaparición de la señora condesa Manfredonia hemos revelado, nos procura la siguiente carta que se ha servido dirigirnos el señor conde Emilio Ferrero, y que acojemos con la mayor solicitud:

« Muy señor mio, animado de una respetuosa afección por la hermosa y honorable extranjera de quien ha hablado usted en el *Mundo Ilustrado*, en virtud de ese privilegio de cronista que parece haber pasado de hoy mas á las costumbres literarias y sociales, debo á una amiga ausente el esclarecer la parte oscura de vuestra última narración, la cual deja como suspendido sobre los motivos de su brusca y, en efecto, extraña marcha, un misterio del cual es tiempo que desprendamos la conducta de la señora de Manfredonia. Con una sola palabra, caballero, quedará aclarado todo: — la condesa es casada!

» Penosas particularidades que deben de quedar en el dominio de las confidencias íntimas, habian pesado, durante los dos últimos años, sobre la vida privada de la heredera de los príncipes Cipriani. Y porqué no indicar al menos la vía en la cual pudiera descubrirse la causa de los disgustos cuya ruidosa distracción buscaba en Paris la señora de Manfredonia, diciendo que un proceso provocado por su familia indignada, pero que ella ha tenido el buen corazón y el buen sentido de sofocar, iba, en 1858, á señalar á la pública maledicencia el deplorable papel que ha desempeñado en el hogar doméstico la intrusión de una de esas criaturas fatales de quienes se servia en otro tiempo la política de los Diez, en Venecia, y que Paris ha bautizado con un nombre que desconsuela á los fervientes devotos de una madona en gran crédito, desde Ancona hasta Roma? Usted me ha comprendido, caballero...

» Felizmente el culpable ha abierto los ojos; entre un ángel y un diablo que desempeñaban un papel desigual en su vida, ha reconocido él por fin de qué lado estaban los deberes del marido, la dignidad del patricio. Llegado secretamente á Paris, escribió, el miércoles 11 de enero, á la que habia desconocido y ultrajado este simple billete:

» *Me arrepiento con toda mi alma! Quereis volver á mi lado? Una sola palabra, y yo os espero lleno de ternura, — ó parto lleno de desesperación!*

» ALVISO M... »

» La condesa respondió la sola palabra implorada, y esta palabra que escribió decia: *Sí*. A las pocas horas, hallábase junto al conde, y aquella misma noche salian los dos de Paris, para ir á pasar algunas semanas á la villa Barbariga, propiedad de la familia. Una carta dirigida recientemente por la noble fugitiva al respetable duque de P\*\*\* (cuya opinión, tan oportuna en los enojosos comentarios que se ciernen sobre esta inesplicable desaparición



la víspera del día en que ella iba á abrir sus salones á numerosos convidados de la mejor sociedad parisiense, ha citado usted, caballero, una carta, repito, que la condesa ha escrito desde Génova al antiguo amigo de su familia, contiene estas líneas, cuyo sentido preciso y aun casi literal de las palabras puedo garantizar á usted :

» *Hé sido felizmente inspirada al perdonar : el conde ha abierto los ojos, sobre todo, con respecto á mí ; está perfectamente bien ! me promete una dicha perdurable, despues de estos dos años tan terribles. Antes de un mes, nos hallaremos ambos en París, decidlo así, carísimo duca, á todos cuantos me profesan algun afecto, y en medio de los cuales pienso pasar el mayor tiempo que pueda cada año, en el seno de ese querido París, lejos del cual debe una morirse moralmente, despues de haberle conocido, es decir, amado !* »

» Esas líneas lo dicen todo, lo presente como lo porvenir, de la misma manera que lo que precede borra las versiones variadas que han circulado en otro tiempo relativamente á la condesa, en la época en que la *amazona negra* vagaba solitaria por las mas sombrías avenidas del Bosque de Boulogne. Yo estaré á usted reconocido, en el interés de una persona muy respetada, y durante largo tiempo muy desgraciada, si da lugar en las columnas de su periódico á estas aclaraciones que han venido á hacer necesarias las primeras revelaciones ofrecidas á la curiosidad pública por el *Mundo ilustrado* y por algunas otras publicaciones parisienses ó belgas.

» Aceptad, caballero, etc.

Conde EMILIO FERRERO.

~~~~~ Sabemos que muchas personas tienen la mayor curiosidad por conocer la historia de la hermosísima jóven que, hace algunas semanas, ocupa uno de los palcos de la izquierda en el Teatro-Italiano; pues se sabe vagamente que existe una *historia*, y todos la preguntan, sin que nadie se halle en disposición de responder. Nuestro deber es dar satisfacción á esta simpática curiosidad, puesto que lo que tenemos que decir no puede tener otro inconveniente que el aumentar el número de los curiosos, de los admiradores que lanzan sus gemelos hácia el palco en cuestión. He aquí pues los hechos :

La señorita Alice Well..., encantadora Americana, se habia casado, á la edad de diez y ocho años, con un anciano, un rico *algodonero* de la Virginia. El anciano, á quien sus negocios obligaban con frecuencia á hacer excursiones, fué informado de que el hijo de un vecino suyo venia mas á menudo á su habitación cuando él se hallaba ausente que cuando permanecía en casa. La verdad era que el jóven vecino adoraba á la jóven esposa, y que ésta, sin confesarle nada de los sentimientos con que ella pudiera pagar su amor, le otorgaba á veces el placer de un encuentro, de un paseo por el campo cubierto de bosque que separaba las dos habitaciones,—nada mas !

Un día seguian ellos una grande avenida de paletuvios de espesa sombra, cuando hé aquí que de repente desemboca de un sendero un hombre armado de un revólver, dispara sobre el galán, yérrale, apunta á su mujer, y cae ésta ensangrentada; despues, perdida su razon, volvió el arma contra sí, haciéndose volar la tapa de los sesos !

Dos negros que le seguian y que habian asistido á esta horrible escena, acudieron presurosos, y habiéndose cerciorado de la muerte de su amo, fueron á prestar auxilio al jóven, á quien la bala no hizo mas que rozarle la cabeza, y que se precipitó hácia la pobre señora, para socorrerla. Está muerta? La sangre que sale á borbotones de su herida deja muy poca esperanza...

Uno de los negros corre á la habitación y vuelve con los auxiliares necesarios; llévanse á la moribunda, y aquel cuyo amor ha causado este drama horrendo, no la abandona sino cuando el médico asegura que la herida no es mortal. Pasan algunas semanas, y se ha salvado ! Pero entonces ella suplica á Edward S... que abandone el país, y pase al continente. El obedece al punto...

Hace seis meses, terminado su luto extraordinario, la jóven viuda llegaba á Liverpool. Edward la esperaba; el cónsul americano asistia á su casamiento, y hoy el señor S... y su señora habitan en París ! Véelos en el Bosque, en un *briska* verde con forro gris de lino y una librea verde y gris,—y finalmente, por la noche, dos ó tres veces por semana, en los Italianos, donde excitan la curiosidad de todos los asistentes habituales, porque se sabe vagamente que su reciente casamiento reposa sobre una terrible aventura. Hela aquí revelada ya.

~~~~~ Obsérvese tambien, si bien con un sentimiento muy diferente, cuando hace buen día, en el Bosque de Boulogne, una gran carretela de colores muy pronunciados, conduciendo á un negro, del mas hermoso ébano, con un cochero y dos lacayos tan blancos como puede ofrecerlos París... sin *aspasina*. Este negro, que se procura el placer de ir así flanqueado de tres blancos en librea, atentos al menor de sus gestos, es uno de los antiguos ministros de Soulouque, que goza tranquila y fastuosamente en París el producto de sus economías haítianas.

~~~~~ Hé aquí un hecho curioso y fácil de comprobar. Que vayan al puente Nuevo, diríjase por el muelle de l'Horloge hácia la parte del Sena que se halla á la estremidad de la calle de Harlay, y encontrarán allí, sobre un barquichuelo viejo, un hombre mucho mas viejo que él. Este hombre está cubierto de un chaqueton azulado y ostenta en su cabeza un ex-sombrero en forma de senacho. Hé aquí lo que está haciendo: provisto de una enorme pala, escava el lecho del rio y va amontonando arena en su barco. Luego que ha embarcado así cierta cantidad, varía de operacion. Coje unos tamices cuyas mallas son mas ó menos estrechas, y hace pasar por ellos la arena, que él separa así de los guijarros, tiestos y otros objetos voluminosos; despues de lo cual, toma una escudilla, la llena de arena, y reclinado sobre la ragada ó borde del barco, somete aquella arena á un lavado esmeradísimo y muy prolongado, lavado que él practica con una destreza digna de verse, por lo divertida.—Pero...—se nos preguntará,—qué busca allí ese hombre, que parece tan esperto en esa profesion? clavos viejos? Oh! sí, clavos! Esperen ustedes una cosa muy diferente, y que no podrian adivinar jamás! Lo que busca, y lo que es mas aun, lo que halla allí aquel hombre, lavando tan cuidadosamente las arenas del Sena, es (hablamos con toda formalidad), es... oro !

Sí, oro, allí, en aquel fango, bajo aquel agua, á la sombra del puente verdaderamente nuevo, oro pescado en pleno París ! Y hace veinte años que ese buen hombre se ejerce en ese oficio, y, por su propia confesion (observad que hemos hablado con él), gana con eso 6 á 7 francos diarios ! Es un hecho, que cada cual puede ir á ver y comprobar al muelle *des Lunettes*. De dónde proviene ese oro? Son por ventura partículas del sol que vienen rodadas desde los ribazos en que él dora los viñedos de la Borgoña? Nosotros no tratamos de explicar el hecho, le consignamos solamente. A la geología es á quien toca el darse cuenta de ello. Añadirémos solamente, á fin de que se sepa bien que el oro no es una quimera en nuestras latitudes, que en el año anterior, el lavado del oro en el lecho del Rhin, produjo

de 7 á 8,000 francos á algunos pequeños industriales, siendo este, desde el año de 1814, el producto mas escaso. En 1851, que fué el año mas pingüe, produjo el oro del Rhin cerca de 40,000 fr. Ya ven ustedes, pues, que el hombre del barquichuelo del Sena no está allí pescando embustes !

~~~~~ Hemos conocido hace unos quince años, á un jóven que habia observado el ahinco con el cual las Parisienses solicitan los palcos... gratis ! Luchaba difícilmente por crearse una posicion, por conquistar un empleo, y debe decirse que no le faltaba inteligencia y ciertos talentos para justificar sus esfuerzos. Muere una tia en las provincias, y le deja unos cuarenta mil francos. Este pequeño capital no bastaba á constituir una renta decente... Ocúrrasele una idea original á nuestro héroe : alquilará durante tres años uno de los mejores palcos de la Opera-Cómica, lo que le costará unos veinte mil francos, y empleará el resto de la suma en sus gastos exteriores, sus vestidos, lo que se ve y propaga el prestigio !

Y una vez realizada esta idea, ofrece la hospitalidad de su palco á sus amigos primero, despues á algunas familias con las cuales se relaciona poco á poco mediante aquellos, y por el encantador privilegio de que puede disponer. Ya tenemos ahí á un hombre establecido, mirado, solicitado, lisonjeado ! Las mujeres se vuelven locas por él, hállese abrumado de invitaciones á saraos y á comidas; es el hombre mas intrépido de París ! Ya adivinais á donde le conduce todo esto? Afines de su segundo año de locacion es oficial segundo en un ministerio...; en el curso del tercero, hállese condecorado; y una tierna madre con la cabeza exaltada por él una noche que ella ha triunfado sobre veinte competidoras que deseaban asistir á la primera representación del *Dominó negro*, una tierna madre, repito, le convida á comer para el día siguiente, y...

Y le da, con un dote muy estimable, la mano de su hija Clara, que era encantadora ! Hoy nuestro héroe, que llegó á ser oficial primero de despacho, en seguida *maitre des requêtes* en el Consejo de Estado, es ya diputado... será reelecto ! Hé ahí adonde puede conducir la Opera-Cómica distribuida á dosis ingeniosas y sucesivas.—Ya se deja entender que el marqués del H... no tiene ninguna intencion especulativa, al entregar á todas las elegantes de París y del extranjero su pequeño salon colgado de seda abierto en el teatro de la Opera ! Pero cómo no encontraria en esto el mas delicioso interés de su dinero, saldado en sonrisas, en provocaciones graciosas, todo reforzado con el derecho de visita? Confesad que es esta una especulacion elegante y original, y que, si es necesaria la opulencia para concebirla, es necesario mucho talento para sostenerla !

~~~~~ Pasabapocos dias ha un caballero por el mercado de Saint-Honoré, seguido de un gran perro de caza, cuando hé aquí que de repente oye que dan voces detras de él, y le apostrofan vivamente. Vuelve la cabeza y observa que su gran diablo de perro llevaba entre dientes un pobre conejo vivo, pero que tenia él ya cuasi estrangulado. La vendedora grita como una desesperada, llamando con ahinco á un guardia municipal que por allí pasaba á la sazón. A este tiempo, un muchachuelo aprendiz de pastelero, que habia sido testigo del drama, se acerca al caballero dueño del perro, y le dice :

— M'sieu... déme usted medio franco... Y yo diré que fué el conejo quien comenzó !

JULES LECOMTE.

Correspondencia particular
del MUNDO ILUSTRADO.

Tetuan, 12 de febrero.

Nuestra entrada en Tetuan ha sido un verdadero triunfo: todos los pueblos de las cercanías han venido á hacer acto de sumision al general O'Donnell. Los primeros á quienes el miedo hizo abandonar la ciudad vuelven á ella poco á poco: los judíos nos reciben por todas partes como á libertadores.

Las llaves de la plaza fueron entregadas, de rodillas, al conde de Lucena.

Niños, mujeres y ancianos bendecian al pasar y saludaban con sus aclamaciones al general en jefe, cuyo semblante varonil radiaba de contento.

La mas severa disciplina ha presidido á la toma de posesion de la ciudad, sin que el menor acto de barbarie ni de espoliacion pueda reprocharse al soldado español.

Las tropas entraron en la ciudad morisca guiadas por sus gloriosos generales. Lleno de felicidad observaba yo á estos intrépidos voluntarios catalanes que tan valerosamente han asentado su reputacion en el combate del 31 de enero. Su traje nacional, compuesto del gorro de lana encarnado, de una chaqueta



Voluntarios de la Cataluña, segun un croquis del señor Yriarte.

de paño burdo con solapas, de un ceñidor encarnado y de un pantalon largo que puede arremangarse si es necesario, ofrecia un contraste pintoresco con el uniforme de las tropas de línea. Su bravura y su vestimenta original les han valido en el ejército el epíteto de zuavos españoles; y yo estoy muy seguro de que si nuestros *chacales* de Africa, de Crimea ó de Italia los hubieran visto *trabajar con el tenedor* (á la bayoneta) cuando invadieron, el 31 de enero, las trincheras de los Marroquíes, les habrían dado un buen apretón de manos y habrían confirmado el glorioso epíteto con que el entusiasmo patriótico ha bautizado á este batallón, el cual ha dejado la mitad de los suyos en el campo de batalla para pagar su bienvenida.

El general O'Donnell, segun se vé, ha sabido muy bien cumplir la palabra que dió á la diputacion que pasó al cuartel general, y de la cual formaban parte los vicecónsules de Dinamarca y de Suecia. Habia él jurado que desde el momento en que la ciudad abriera sus puertas, todo seria en ella respetado, costumbres, usos, religiones y propiedades. Esta promesa no ha sido violada, y la con-



Misa militar en el campamento español de Tetuan, el 5 de febrero, segun un croquis del señor Yriarte.



Pasage de la Ópera á las cuatro de la mañana. — Salida del baile de máscaras

fianza empieza á renacer en la población judía, en la cual han cometido los Kabilas tantas crueldades antes de verse obligados á abandonar la ciudad.

A las diez, la bandera española, implantada sobre las torres de la Cashah, haciendo ondear al viento los colores nacionales, saludaba á O'Donnell seguido de su Estado-Mayor.

El general se dirigió al palacio del gobernador, monumento morisco cuya riqueza en los techos dorados y adornados de arabescos y de versículos del Koran, se armoniza de un modo delicado con los dentellones y molduras de las bóvedas, de las columnatas y de las fuentes de mármol.

En el momento mismo en que el general visitaba el palacio, principió la explosión de una mina, resultando heridas varias personas del Estado-Mayor. La prision inmediata del negro encargado de prender fuego á los depósitos de pólvora, preservó al palacio, á sus visitantes y á gran parte de la ciudad de una horrible catástrofe; pero según las indicaciones de los judíos, parece que la mayor parte de Tetuan había sido minada.

El general O'Donnell se ha reservado el palacio del Bajá para el caso en que los acontecimientos le obligaren á volver á Tetuan; pero reside habitualmente en el cuartel general. Por otra parte, el conde de Lucena da al soldado español, que sabe imitarle, el ejemplo de todas las virtudes militares. Vive en su tienda, y estoy persuadido de que permanecerá allí hasta que el último de sus soldados haya dejado la suya.

Los Españoles están acampados en las cercanías de Tetuan, es decir, en el paraje mas bello del mundo. Todo el ejército está lleno de gozo. Todos cantan aun durmiendo. Es verdad que de vez en cuando viene el suspiro de un herido á interrumpir esos cantos que, para honrar al valor desgraciado, callan por un instante; pero muy pronto la alegría y el orgullo nacional prevalecen de nuevo, y el soldado, aun en sus sufrimientos, parece comprender que la España se levanta hoy de un letargo prolongado. Calla cuando el dolor no le atormenta cruelmente, y yo he visto á algunos que, con su brazo sano, hacían seña á sus camaradas para que continuasen la canción del país.

Sabido es que el soldado español une al sentimiento de un noble orgullo un profundo senti-

miento religioso. Era magnífico el ver con qué recogimiento los vencedores de Muley-Ahmed, en una misa que se ha celebrado en el campo, daban gracias al dios de los ejércitos por haberles concedido la victoria. El cróquis que envío á ustedes podrá tal vez darles una idea del conjunto; pero yo quisiera que me fuese posible daguerreotipar tantos rostros varoniles en los cuales está sellado el carácter de una altivez piadosa.

Tendremos pronto la paz, ó marcharemos sobre Tánger y Fez? Nada ha transpirado aun que pueda facilitar á los impacientes la resolución de este importante problema. Todas las disposiciones están tomadas para continuar la guerra, y yo mismo me estoy reponiendo, por medio de un reposo saludable, y me preparo á marchar hacia adelante. Mauricot, mi borrico, lleva su indiferencia política hasta consumir, con toda seguridad de conciencia, la cebada que los Marroquíes no se han llevado consigo. Así el pobre animal se indemniza de esos largos y penosos días de ayuno en que él daba á todos el ejemplo de la abstinencia y de la sobriedad.

El 9, celebrámos en un gran banquete, bajo la tienda de D. José de Sans Caballero, la toma de Tetuan. En medio de los generales del estado-mayor, y al lado del corresponsal de la *Independencia belga*, saludé yo con un brándis á parte á la patria ausente y á mis amigos del *Mundo ilustrado*.

Que los vientos del Sur me sean propicios, y que os lleven pronto este saludo íntimo que yo pronuncié *inter pocula*.

Por extracto: MAC VERNOLL.

M. GLADSTONE EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES.

El 10 de febrero celebróse en la Cámara de los Comunes la sesión memorable en la cual M. Gladstone, canceller del Echequier, después de haber espuesto la situación rentística del año, desenvolvió y apoyó las proposiciones en las cuales se halla comprendido el tratado de comercio entre Francia é Inglaterra. El discípulo de Robert Peel, cuya dialéctica y cuya pureza de dicción tienen tanta autoridad en las cuestiones económicas ó comerciales, no ha estado nunca tan bien inspi-

rado. En esa cuestión se ha hecho el campeo de la libertad comercial, principio que ha adoptado la Inglaterra como uno de los fundamentos de su política interior y exterior.

Su discurso, en el cual ha sabido combinar los alientos del rentista con la elocuencia del orador parlamentario, concluyó exhortando á la Francia y á la Inglaterra á que inauguren una nueva era de paz y de concordia, de amistad, invitando á las dos naciones á alejar de sí toda reminiscencia de los tiempos pasados y desdeñar todo motivo de celos y de odios.

M. Gladstone pertenece al partido liberal conservador, y por sus opiniones económicas á los anti-proteccionistas.

En 1834, cuando sólo contaba aun veinticinco años, Robert Peel le nombró lord de la Tesorería, y después sub-secretario de las Colonias, de donde se retiró en 1835.

Vuelto al poder con Robert Peel en 1841, fué nombrado director de la moneda y vice-presidente del despacho de comercio. En este puesto especial fué donde, en presencia de una revisión general de las tarifas, sus investigaciones le condujeron á adoptar las doctrinas de la libertad comercial, en cuya propagación ha desplegado después tanto ardimiento, lo mismo en el interior que en el exterior, por medio de sus escritos en las revistas británicas.

En su notable discurso del 10 de febrero échase de ver que sus ideas de libre tráfico no podían desenvolverse en un cuadro mas magnífico que el que ofrecen las grandes proposiciones del tratado de comercio entre la Inglaterra y la Francia.

MÁXIMO VAUVERT.

SALIDA DEL BAILE DE LA ÓPERA.

La vista de las máscaras al salir del baile de la Ópera es tal vez mas curiosa que el baile mismo.

Las máscaras aparecen entonces bajo diferente aspecto. La locura agita aun sus piernas convulsivas, y reanima por un instante los restos de su ardor que se estingue con la última bugía de las arañas; pero el hombre, desde el vestíbulo y en el *passage* de la Ópera, ha puesto ya un pié en la vida real, y hasta el ruidoso mozaivete cuya cabeza se inclina bajo la caprichosa pirámide de

DOS TESTARUDOS.

(Conclusion. — Véase nuestro número anterior.)

— Es cierto, doctor, traedme esa niña, pues que yo no puedo ir á buscarla; tengo deseos de verla y de hablar con ella de mi pobre Borda. No queréis almorzar conmigo antes? añadió el comandante aperciéndole á Languidic que entraba con una servilleta en la mano.

— No, gracias, comandante, no tengo mas que el tiempo preciso para hacer mis visitas y traer la niña antes de la hora de mi visita al hospital.

Y el doctor tomó sus guantes y su sombrero, y se marchó casi corriendo, no obstante sus largos sesenta años.

Pero no debían parar allí las emociones del desdichado comandante, y estaba escrito que este día, tan sereno al principio, sería uno de los mas fecundos en borrascas que hubiese tenido M. Morizot.

Apénas había partido el doctor, cuando volvió á presentarse Languidic con una carta que llevaba un gran sello, cuya sola vista volvió al comandante todo su mal humor.

— Ya lo decía yo, exclamó mirando la cubierta que llevaba este sello: *Ministerio de la marina y de las colonias. — Direccion del personal*, ya lo decía yo que no podrán dejarme quieto solamente un mes. Hé aquí sin duda una orden de reunirme sin dilación á mi buque. Y, echando votos, el viejo oficial rompió el sello y se puso á leer el despacho ministerial. Hallábase concebido en estos términos:

« Comandante,

» Las reducciones votadas por la Cámara de diputados para el presupuesto del ministerio de la marina me han obligado á desarmar varios buques.

» Tengo el sentimiento de anunciar á usted que el buque que se hallaba á sus órdenes está comprendido en esta medida.

» Pero si la necesidad de permanecer en los límites del presupuesto votado por la Cámara me ha obligado á retirar á usted un mando que ha desempeñado á la mas completa satisfacción de mi departamento, me ha sido permitido por lo ménos llamar la atención del rey sobre los largos y útiles servicios de un oficial que tocaba al término de su carrera.

» Me cabe pues mucha satisfacción al anunciar á usted que Su Majestad, al firmar el decreto que

le admitía á hacer valer sus derechos al retiro, se ha dignado concederle á usted el grado de comandante de su orden de la Legión de honor.

» Reciba usted, etc. »

M. Morizot leyó hasta la última línea del despacho, lo dobló, se lo guardó en el bolsillo, y, sin chistar palabra, lo que sorprendió mucho á Languidic mas adelante, encerróse en su aposento.

Lo que pasó durante el tiempo que permaneció allí, nadie puede saberlo, ni aun Languidic, quien escuchó mucho tiempo á la puerta, temiendo que el anciano oficial tuviese necesidad de él. Pero cuando, al cabo de un cuarto de hora, volvió al salón, hallábase sereno, y dijo, con acento de desacostumbrada dulzura, al gefe de los timoneros:

— Mi viejo Languidic, si quieres quedarte conmigo, es necesario que pidas tambien tu retiro; en cuanto á mí, se me encuentra ya demasiado viejo. El hecho es, añadió meneando melancólicamente la cabeza, que es necesario ceder el lugar á los que pierden sus buques.

— Cómo, os han enviado á los Inválidos á vuestra edad?

— Sí, Languidic, me han enviado sin prevenirme, sin consultarme; debo hacerles sin embargo la justicia de que han empleado las formas convenientes, lo que no siempre hacen. Todo bien cal-

penachos que corona su casco, conserva todavía su nariz postiza y sus ojos aterradores, pero un humilde gaban oculta su dormán eclipsado; sus dos brazos, que no hacia mucho tiempo telegrafeaban todas las escentricidades mímicas, se cruzan ahora bajo el brazo tembloroso de sus compañeras, asustadas de la obstinada indiscreción de un diablejo y de un *pierrrot*. En fin, sus guantes de gendarme, *proh pudor!* soportan dos prudentes paraguas.

La máscara está puesta aun, pero en vano se buscará bajo este aspecto de bonomía al héroe evaporado.

Ved si no á ese *pierrrot* algo alelado por el champagne, y mucho por los gritos feroces que lanza la muchedumbre hambrienta sitiando la puerta de la fonda; él sufre como atontado las duras indiscreciones de un salvaje emplumado, cuyos hombros caritativos le ofrecen un punto de apoyo. Este está tranquilo, mientras que un *bebé* irritado cambia algunas palabras con un ruidoso coracero que, sin la intervencion de una poderosa *Atala*, podría jugarle una mala partida. Pero todo esto acaba como muchos duelos en este mundo, por una cena, á cuya conclusion los pobres vendedores de fósforos recojen algunos *sous*.

FONTAUBE.

CRONICA CIENTÍFICA.

Ultimo suspiro del hypnotismo. — El brazo artificial de M. Roger. — Nuevas experiencias de M. Ollivier acerca de las propiedades del periostio. — Peligro de los fósforos químicos ordinarios. — Inocuidad del fósforo amorfo.

El hypnotismo, despues de una boga de un mes apenas, está hoy olvidado, relegado en esos *antros de Caco*, que se llaman los cartones científicos. Está bien muerto, y le debemos la verdad. — Lo que mas nos admira en su historia, es la extrema facilidad con la cual los sabios mas autorizados han aceptado en un principio como una novedad los fenómenos descritos hace diez años en los libros mas elementales, y han apadrinado al hermano gemelo de ese magnetismo que ellos habian sistemáticamente rechazado siempre. — Sin duda la esperimentacion debe ser en medicina la base de todo método nuevo; pero, antes de esperimentar públicamente el hypnotismo, y sobre todo, antes de preconizarlo como un soberano anestésico, hubiérase debido reflexionar un poco

en su naturaleza y en sus efectos probables. El hypnotismo, especie de nevrosis provocada, es un fenómeno puramente subjetivo; como el magnetismo, su *alter ego*, produce en diferentes personas efectos diferentes: en una, trae una completa insensibilidad; en otra, al contrario, una hiperestesia que duplicará el dolor de una operacion; en una tercera, determinará verdaderas crisis de histeria ó de catalepsia, y en todos los casos podrá no tener peligro. — Ya se ve que la ciencia dista mucho aun de haber encontrado un agente anestésico que pueda remplazar al cloriformo, del cual se ha hecho un verdadero cordero emisario, al examinar los peligros de su aplicacion.

El hypnotismo, proscrito de su último refugio, de los salones en donde ha hecho mirar bizco con tan poca gracia á tantas lindas mujeres, no saldrá ya de los cartones en los cuales se le ha sepultado bien y en debida forma. Nuestros cirujanos continuarán adormeciendo á sus enfermos por el método ordinario, y de toda esta discusion no quedará mas que una puerta imprudentemente abierta al charlatanismo que se apresurará á sacar partido de ella.

Los dos fabricantes de instrumentos de cirugía mas afamados de Paris se disputan de algun tiempo á esta parte el honor de haber construido el brazo artificial que ha permitido al célebre tenor Roger, víctima de un accidente tan deplorable, volver á presentarse en la escena de la Opera. Los dos rivales inundan á las academias con memorias en las cuales cada uno de ellos se atribuye toda la gloria del éxito. — Lo que nos parece desprenderse de estas reclamaciones, es que M. Charrière ha construido un brazo dotado de ciertos movimientos bastante limitados sin embargo, é impropios á la mayor parte de las necesidades de la expresion dramática. M. Mathieu, por medio de un ingenioso mecanismo, compuesto de dos simples correas, ha hecho con el aparato imaginado por su rival un brazo que ejecuta todos los movimientos, con una facilidad y una correccion inauditas.

El gran premio de fisiología, uno de los mas importantes y de los mas disputados de la Academia de ciencias, ha sido obtenido este año por M. Pasteur en virtud de sus experiencias acerca de las fermentaciones orgánicas que tienen por objeto la esplicacion fisico-química de los fenómenos

de la vida. — Un jóven cirujano de Lyon, M. Ollier, ha obtenido la mencion honorable. — De algunos años á esta parte, M. Ollier se ocupa de investigaciones acerca de la propiedad que posee el periostio (membrana que rodea á los huesos), de regenerar el tejido huesoso. M. Flourens, y antes de él M. Duhamel, habian establecido este punto capital por numerosas esperiencias. M. Ollier, prosiguiendo esta via, ha llegado á resultados sorprendentes. Ha desprendido completamente el periostio del hueso, le ha llevado á otras partes del cuerpo, y el periostio ha producido hueso. Lo ha transplantado de un animal á otro de la misma especie. Ha ido aun hasta enjertar en un animal vivo fragmentos de periostio tomados de un animal muerto casi una hora ántes, y se ha verificado que esta membrana que provenia de un cadáver recobraba una vida nueva, y no habia perdido la propiedad de producir tejido huesoso. — Se ve que, además de la parte puramente curiosa, esta série de notables descubrimientos abre un inmenso campo á la cirugía reparadora, aun muy en retraso. Habria merecido tal vez á su autor una recompensa mas elevada. Esperemos que en el ánimo de los miembros de la comision la mencion obtenida por M. Ollier es una especie de compromiso contraído hácia él para el porvenir.

M. Poggiale ha hecho una severa requisitoria contra las pajuelas químicas de fósforo blanco, usadas generalmente. Los obreros que las fabrican se hallan espuestos á una enfermedad terrible, la *necrosis fosfórica*, cuya curacion, cuando se la puede obtener, exige una operacion cruel. La pasta con la cual se hallan untadas es un veneno violento. No hablarémos sino mencionándolos, de los incendios que su inflamacion tan fácil produce todos los dias. M. Poggiale concluye por la supresion radical de estas pajuelas homicidas y por su reemplazo con las pajuelas de fósforo amorfo que, presentando las mismas ventajas que las precedentes, no tienen ninguno de sus inconvenientes. A menos de una ley que venga á consagrar estas conclusiones, dudamos que se logre generalizar el empleo de los nuevos fósforos. El público preferirá esponerse todos los dias á accidentes tan fáciles de evitar, á renunciar á una costumbre bien arraigada.

C. A. M.

culado, es una felicidad para mí que me creia todavía útil, y que habria permanecido aun navegando siete años por la gloria. Lo que va á ser duro solamente en los primeros tiempos será la ociosidad. Qué voy á hacer de todos mis dias? en qué habré de ocuparme ahora?

— Y bien, mi comandante, replicó Languidic, pues que estais en retiro y no sabeis qué hacer, soy de opinion que en lugar de permanecer aquí en esta grande habitacion, hariais mejor en tomar otro partido. Desde que nos hallamos en Paris, he advertido en el Sena, cerca del puente de la Concordia, una pobre fragata que parece fastidiarse sola. Si quisiérais comprarla para instalarnos en ella, no os costaria caro, seguramente, y habria de qué hacer un lindo alojamiento para un marino.

— Y excelente sobre todo para curar la gota, repuso M. Morisot. Pero, pardiez! exclamó al oír resonar en la pieza vecina unos pasos que le eran conocidos, pardiez! voy á casar á mi sobrino, esto me distraerá al ménos algun tiempo.

— Ea bien! exclamó el comandante, luego que apareció el jóven, parece que es necesario rogar al caballero por medio de un embajador cuando se quiere tener el honor de su compañía?

— Perdóneme usted, tío mio, respondió este último, pero me he acostado muy tarde, y...

— Es que esa vida no acabará muy pronto? repuso el viejo marino.

— Ah! tío mio, se engaña usted; he pasado parte de la noche trabajando.

— Tate! exclamó M. Morizot.

— He pasado parte de la noche trabajando, repitió el jóven.

— Has pasado... Vamos, quieres burlarte de mí?

— Le hablo á usted seriamente, tío.

— En hora buena, está muy bien, amigo mio. Va á pedirme dinero, es evidente, decíase en voz baja el comandante. Pero qué humorada has tenido, tú que no has hecho nunca nada... mas que contraer deudas? repuso en alta voz.

— Pues bien, precisamente, tío, conozco que llevo á la edad en que debe ser uno razonable, que no se puede estar toda su vida sin hacer nada, que es tiempo de dejar las locuras y los placeres.

M. Morizot no podia creer á sus oídos: semejante lenguaje en la boca de Luis le causaba un estupor indecible. Me lo ha cambiado la nodriza! sin duda, decíase para sí: no es mi mismo sobrino. A fé de caballero, creo que habla seriamente!

— Pardiez! amigo mio, añadió, tanto mejor; estoy encantado de verte con semejantes disposiciones, y eso me conviene perfectamente. Sabes lo que acaban de hacerme?

— Son capaces de todo, respondió el sobrino.

— Que bien los conoces! repuso el comandante. Pues bien! amigo mio, acaban de darme mi retiro.

— A vos, tío?

— A mí mismo, héteme en la costa sobre un banco de arena bastante suave, es cierto; pero, héteme encallado por mucho tiempo, para siempre. Es necesario ceder el puesto á los que pierden sus buques. Pero no se trata ahora de eso. Verémos solamente como se arreglan sin mí. Decia pues que... Oh! vendrán á buscarme, lo sé muy bien; pero si se imaginan que yo conduciré sus zuecos de vapor!

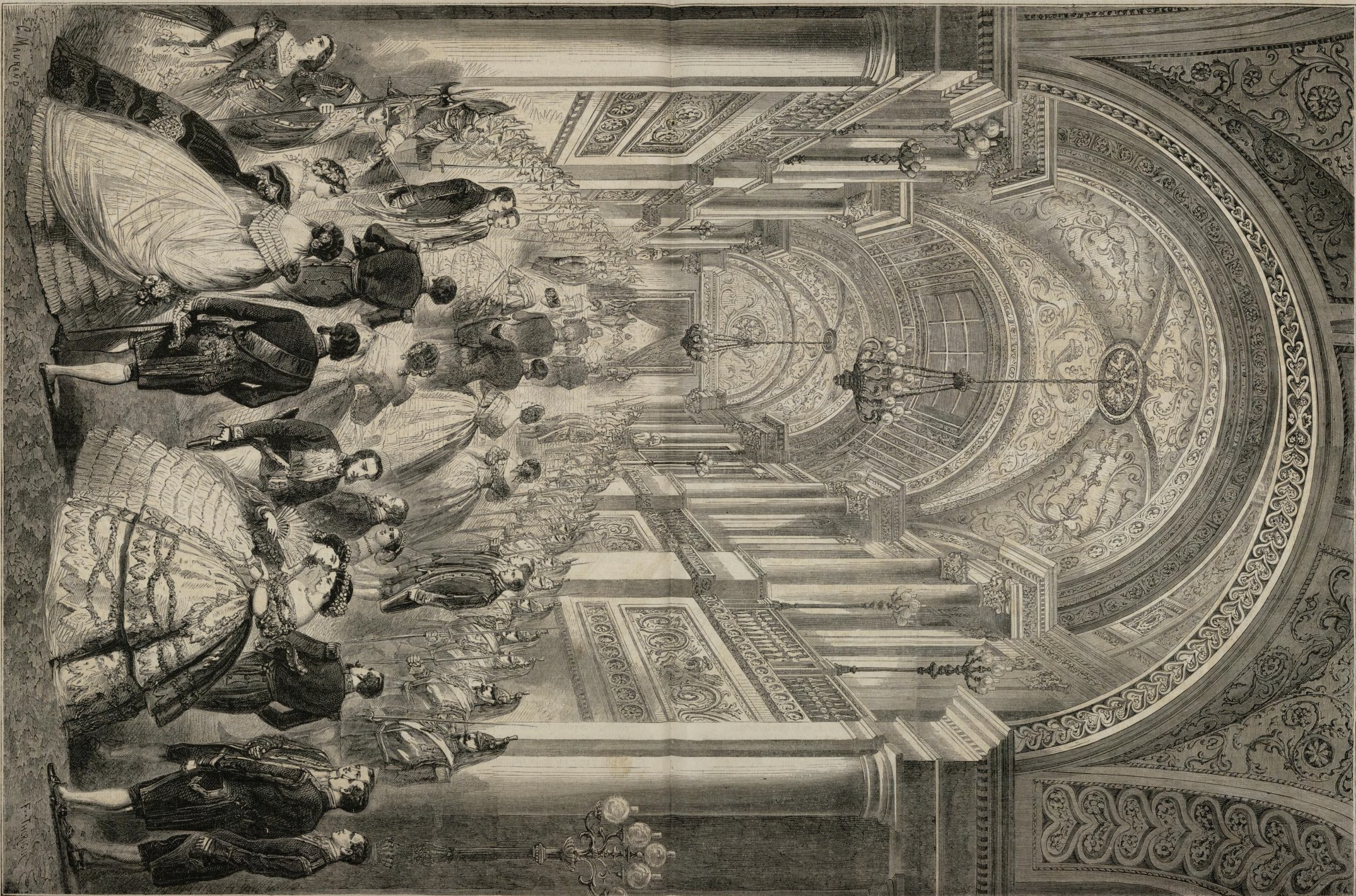
— En fin, ya me tienes retirado del servicio; no me queda mas que pensar en tí, y quiero ocuparme seriamente de tu porvenir.

— Es usted demasiado bondadoso, tío mio.

— No eres mi hijo, continuó M. Morizot, y no debo ayudarte con mi experiencia y mis consejos? Aprovéchete mi ejemplo. Ya he llegado á los sesenta y cinco años, sin interior, sin familia, sin amigos. Nada de esto me habria sucedido si me hubiera casado!

— Pero, tío mio, se aventuró á decir el jóven.

— Ya sé lo que vas á decirme, respondió al momento el comandante, que eres todavía jóven, que hay tiempo para ello. Lo mismo respondía yo á



GRANDE ESCALERA DE LAS TULERIAS, EN LA NOCHE DEL BAILE DADO A LA CORTE, EL 19 DE FEBRERO.

BAILE EN LAS TULLERÍAS.

Las fiestas del palacio de las Tullerías, interrumpidas por el duelo que imponía á Sus Majestades y á la corte la muerte de la gran-duquesa Estefanía de Bâden, han vuelto á proseguir, reinaugurándose el 19 de febrero por un gran baile al cual asistían el Príncipe Napoleon, la Princesa María-Clotilde y la Princesa Matilde, como también los Príncipes y princesas de la familia imperial. Sus Majestades, después de haber recorrido los salones diferentes veces, entraron en la sala de la cena. Los convidados no se retiraron hasta á eso de las tres de la mañana, hora en que se puso fin á esta fiesta brillante.

MÁXIMO VAUVELET.

UNA ASCENSION AL MONTE PETER-BOTTE.

La naturaleza tiene secretos que serán el eterno suplicio de los sabios. Indudablemente Humboldt ha dado razones muy concluyentes acerca de los aerolitos; Newton ha hallado las leyes de la pesantez, y Halley ha explicado las auroras boreales. Pero estos sólo eran semi-problemas, cuya solución era accesible. Mas quién será el que nos diga el porqué de esa anomalía geológica que se llama el monte Peter-Botte?... Las leyes inviolables del equilibrio están allí desconocidas de un modo extraño, y la sombra que proyecta aquel fenómeno de piedra es una cosa tan completamente irrazonable, que la vista se siente como ofendida.

Figúrese, en efecto, un pico de forma cónica casi perfecta, y sobre cuya punta, la casualidad, — tal vez el diluvio — ha colocado una esfera de granito. Una especie de milagro permanente parece como que asegura la inmovilidad á aquella enorme bola en una posición tan peligrosa. Diríase que es el boliche de un gigante.

Tal es esta sorprendente maravilla. Los viajeros que han estado en la isla Mauricio no hablan de ella sino en términos que participan de embelesamiento. Pueden decir que han visto á Pelion sobre Ossa.

El Peter-Botte se eleva á una altura como de ochocientos cincuenta metros sobre el nivel del mar. El esférico que le corona no tiene menos de diez metros de altura, y la base sobre la cual

reposa es tan estrecha, que desde lejos aparece como en equilibrio sobre una punta aguda.

Esta montaña, que forma parte de la cadena del Pouce, ha tomado el nombre del primer ser humano que intentó escalarla... Oh! si! hemos dicho bien, hase hallado un hombre bastante arrojado para querer darse la emoción de una ascension semejante. Esto es casi del dominio de lo fantástico, y sin embargo, nada es mas verídico. Diráse aun que el mono es el que imita al hombre?

Sir Peter-Botte es realmente quien se ha atrevido á llevar á cabo esa proeza, y el que tendrá el eterno honor de haberse lanzado primero en esa empresa sobrehumana. Pero también es cierto que se ha visto mal recompensado de su arrojado: en el momento en que iba ya á tocar el vértice de la pirámide, sus pies resbalaron, y fué á caer y á estrellarse en el fondo del barranco.

Desde aquel día, la roca lleva, á manera de epitafio, el nombre del intrépido viajero que fué á encontrar allí la muerte.

Este accidente desanimó por mucho tiempo á la larga familia de los turistas escaladores de montañas, género acrobático que parecia caído en desuso, cuando hé aquí que el ingeniero Lloyd imaginó subir á plantar el pabellón de Su Majestad Británica en la cima del Peter-Botte. Partió, pues, una mañana, acompañado del teniente Taylor y de otros varios oficiales. Para luchar con el gigante, la caravana se habia provisto de útiles y aparatos. Llevaban escalas de garfio, estacas armadas con puntas de hierro, cuerdas nudosas, y después, ropas de abrigo, mantas, un cargamento de cigarros y algunas botellas de ron.

A las siete pusieron en marcha. Ante todo fué necesario abrirse paso al través de las malezas espesas é inextricables que guarnecen el pie de la montaña. El hacha mordía allí difícilmente: sin embargo, pasaron. Después de muchas horas de esfuerzos, llegaron hasta á aquella parte de la roca en la cual desaparece ya toda vegetación. A partir de este punto, nuestros viajeros no podían contar ya sino con su valor y su agilidad, pues que el azar se habia mostrado bastante mediocre arquitecto, olvidando la escalera en la construcción de aquella caprichosa ciudadela. De vez en cuando hallaban tal cual relieve que habria podido serles de algun socorro, pero los pies no es-

taban allí en seguridad, aquel punto de apoyo podia ceder, y se corría grave riesgo en fijar allí las escalas.

No obstante, era preciso llegar á todo trance: las horas marchaban con velocidad aquel día, y era de temer que viniera la noche á sorprenderlos en aquella crítica situación. Este pensamiento no abatía de ningún modo el ánimo de sir Lloyd y de sus compañeros, sino que mas bien redoblaba su valor. Por otra parte, cómo no hallar la fuerza de avanzar, cuando ya era imposible retroceder?

Momentos habia en que se arrastraban en vez de andar, y en que los pies no habrían podido dar un solo paso, sin que las manos se adhiriesen convulsivamente á alguna aspereza providencial.

Hallábanse ya vencidas las dos terceras partes de la roca, sin que por eso debiera contarse con haber hecho los dos tercios de aquel gigantesco trabajo. Las dificultades que iban á presentarse eran en efecto de una naturaleza mas alarmante aun. Cuanto mas se iba ascendiendo, mas rápida se hacia la cuesta, aproximándose á veces sensiblemente á la vertical. Añádase á esto que nuestros viajeros, á medida que su fatiga aumentaba, creían ver alejarse la cima hacia la cual se dirigían. La inquietud, la esperanza, el decaimiento de las fuerzas, ayudan á veces á la imaginación á trastornar la lógica de la perspectiva.

Sir Lloyd, que mandaba la expedición, dió la voz de ¡alto! en el momento en que la roca presentaba, á guisa de asiento, una salida inesperada. Bebieron algunas copas de ron, encendieron sus cigarros, y deliberaron acerca del plan que habia de seguirse para llegar al anhelado término del viaje.

El humo también aconseja. Decidióse, pues, que Karah, el negro que habían llevado, en guisa de furgon, para conducir las provisiones, iria á atar una cuerda nudosa en el punto de unión de la pirámide y de la esfera que ella sostiene. Karah partió sin vacilar y alcanzó con una presteza extraordinaria la cima peligrosa á donde le enviaron.—En la historia, esta abnegación perjudicará á la de Decio.—Una vez fijada sólidamente la cuerda, y habiéndose asido á ella cada cual, la ascension recomenzó. Los ángulos de la roca que destrozaban las manos y desollaban las rodillas de los viajeros, el viento que balanceaba aquel ro-

tu edad, y dejándolo siempre para el día siguiente, he permanecido un viejo solteron.

— Pero, tío, soy enteramente de la opinión de usted.

— Cómo, exclamó el viejo marino, no tendrías repugnancia en casarte ahora?

— Ninguna, tío, al contrario.

— Oh! decididamente, díjose M. Morizot, esto va demasiado bien, esto significa algo. No tienes necesidad de algun dinero, amigo mio? prosiguió.

— No, tío, gracias, respondió Luis.

— Sabes, hijo, que no hay que andar con ceremonias. Todo lo que poseo es para tí. Y aun, pues que ya te veo razonable, y no estás muy lejos de casarte, te daré inmediatamente toda mi fortuna. Esto te permitirá al menos elegir una mujer sin ocuparte de su dote. Me darás solamente una pequeña pensión.

— Tan pequeña como usted la quiera, tío, respondió el joven.

Pero el viejo marinero se echo á reír de la réplica de su sobrino.

— En hora buena, añadió, hé ahí al menos una de tus palabras de otra época! Me parecías verdaderamente desde hace algunos instantes demasiado razonable; esto me causaba alguna inquietud. Y por una hábil maniobra, el comandante se acer-

caba á la mesa en la cual se hallaba servido el almuerzo. Si nos sentáramos, dijo cuando se hallaban cerca, continuaríamos conversando diciéndole algo á este pastel. Tengo un hambre de recién desembarcado esta mañana.

Luis condescendió sin hacer la menor resistencia, sentóse frente á su tío, y M. Morizot, encantado de la complacencia de su sobrino, atacó vigorosamente un pastel cuya dorada y apetitosa corteza revelaba su origen strasburgués.

— Pues como íbamos diciendo, amiguito, añadió depositando una respetable tajada sobre el plato del joven, si te he de dar un consejo, no busques ante todo una mujer que te traiga fortuna; es mejor que en un matrimonio la mujer deba todo á su marido; por otra parte, no es el dinero el que hace la felicidad, y por lo demás, con lo que te daré serás bastante rico para dos.

— Oh! ciertamente, respondió Luis.

— Es extraordinario, añadió el comandante, cuán perfectamente nos entendemos esta mañana! A fé mia, repuso llenando su vaso y el de su sobrino, á tu salud, hijo; pues que te hallas tan bien dispuesto, puedo decírtelo todo ahora; sábetelo pues que te he escogido una muger.

— Decís?

— Digo, repitió el comandante, que te he escogido una mujer.

— Cómo! sin prevenirme, sin consultarme siquiera?

— Para qué, pues que acabas de decirme tú mismo que estabas dispuesto á casarte? Por lo demás, parece que la que te he escogido es encantadora.

— Parece... parece, respondió Luis, pero permítame Vd., tío, creo que valdria mas hallarse seguro, y por otra parte, me creo bastante interesado en la cuestión para tener el derecho de asegurarme, por mis propios ojos, de elegir yo mismo, y añadió el joven después de vacilar un poco pero con firmeza, es lo que he hecho.

— Cómo! exclamó M. Morizot dejando caer su tenedor y tragando de través, cómo, has elegido una mujer sin mi autorización!

— Qué quiere Vd., tío mio, yo estoy seguro de que la que he elegido es encantadora.

— Luego no era por darme gusto, sino por puro egoísmo por lo que querías casarte?

— Oh! cómo puede ocurrírsele á Vd. semejante idea? repuso Luis. Me casaré por darle gusto á Vd., nada mas que por esto; pero á su vez, por darme á mí gusto, me dejará Vd. casar con la mujer que yo amo!

— Pero porqué no amarias á la que te he destinado? Va á llegar, es menester verla antes de rehusarla.

sario de hombres encima de un abismo, todo, hasta el vertigo, era de temer en aquella ruta dolorosa! Si uno solo hubiera perdido el equilibrio, habría arrastrado á sus compañeros en su caída!..

Sin embargo, llegaron á la estremidad del pico, es decir, que ya no les quedaba por recorrer sino la peña esférica.

Ante todo, era necesario ceñirla de una cuerda en la cual se pudieran enganchar, que era el único medio de resolver la dificultad. Sir Lloyd tomó, pues, una escopeta en la cual introdujo una flecha de hierro á la que estaba adherida la cuerda, y disparó la escopeta, apuntando un poco mas arriba del esferoide. La experiencia no salió bien la vez primera, y fué preciso repetirla varias veces, hasta que por último la flecha pasó al lado opuesto de la bola, llevándose consigo la cuerda. Fijaron todo sólidamente, y los compañeros de Lloyd alcanzaron, por esta ruta aérea, la plataforma que corona la montaña.

Entonces clavaron allí una bandera con los colores de Inglaterra y entonaron el *God save the Queen*, haciendo libaciones de ron por vía de estribillo.

Entretanto, la noche se había echado encima, y les cortaba la retirada. Para colmo de desdichas, un viento recio y glacial se había levantado, haciendo la situación de nuestros viajeros tanto mas peligrosa, cuanto que la meseta que ellos ocupaban sólo media algunos piés cuadrados de estension, y el menor movimiento, el mas ligero desvío del cuerpo, venia á ser un desliz funesto. Resolvióse, pues, que la mitad de la caravana dormiria, mientras que la otra mitad haria centinela.

No transcurrió la noche sin angustias para los que estaban en vela, ni sin sueños fantásticos para los durmientes. Figurábanse los unos hallarse subidos encima de la luna, mientras que los otros creían habitar una barquilla desprendida del aerostático, y que, en su caída, había ido á anidarse en una torre de catedral. En cuanto á Karah, daba él serias inquietudes: el desdichado era sonámbulo, y fué preciso emplear la fuerza para impedirle el que bailara un paso de bamboula que acostumbraba á ejecutar todas las noches.

Al día siguiente, verificaron su descenso, en cuanto nació el sol. Esta operación era sin duda mas practicable que la ascension de la vispera:

en primer lugar, la vista de nuestros viajeros estaba ya á prueba de vértigos, habiéndose familiarizado con las miradas al precipicio; y además, el camino estaba ya trazado, y no había mas que seguirle. La brisa de la noche había alterado algun tanto la posición de las cuerdas, pero se podía contar con la solidez de los puntos en que estaban adheridas. Por consiguiente, sólo se trataba ya de seguir con precauciones la dirección de aquel sendero, el único posible.

Es lo que hicieron.

Después de dos horas de tanteos y de precauciones minuciosas, la caravana tocó al pié del monte Peter-Botte. Entonces solamente se permitió ya á Karah que bailase la bamboula.

Algunos días después, el viento norte rasgó la bandera británica; pero el viento del olvido, cuyas ráfagas inexorables se han llevado consigo tantas y tan buenas cosas, respetará la memoria de esta ascension titánica, señalando una parte muy bella al ingeniero Lloyd en los anales del valor y de la osadía.

Qué fuertes son los Ingleses en gimnástica!

ALBERT DE LASALLE.

BAJO-RELIEVE DE TRIPTOLEMO DESCUBIERTO RECIENTEMENTE EN ELEUSIS.

Los maestros y los aficionados se dirijen á bandadas á la Escuela de las Bellas-Artes, para criticar, examinar y admirar una de las mas espléndidas muestras del arte griego, el vaciado de un bajo-relieve que algunos no temen atribuir al mismo Fídias, pero que de seguro, pertenece á la mejor época de la grande escultura clásica.

Esta obra, cuya copia damos hoy á nuestros lectores, ha sido descubierta recientemente en las excavaciones hechas en Eléusis, sobre la ruta de Atenas á Tébas, en cuya localidad, segun las conjeturas de los sabios, se hallaba en otro tiempo un templo de Triptolemo.

Triptolemo, adolescente de las mas puras formas, recibe de la poderosa Ceres los primeros granos de trigo que deberá sembrar. Proserpina, figura llena de esbeltez y de elegancia, aconseja al joven agricultor.

Este maravilloso bajo-relieve, que debemos á M. Fr. Lenormant, hijo del sabio arqueólogo que

la muerte acaba de arrebatarnos tan prematuramente, nos da la esperanza de que se ensayarán nuevas excavaciones, las cuales revelarán al mundo de las artes otras obras maestras de la antigüedad. De esperar es tambien que el gobierno griego permitirá, entonces como ahora, enriquecer á nuestras galerías y á nuestras escuelas con vaciados tan interesantes como el que nos ocupa.

MAC VERNOLL.

CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

«Ahora bien» (para servirme de las espresiones del señor procurador general Dupin), M. Emile Ollivier se ha presentado al *forum*, pidiendo la reforma de la sentencia que le había condenado á una suspension de tres meses. Y hé aquí, segun creo, llegado el momento de referir á mis lectores los motivos de la condena, de reconstruir para ellos la escena que ha causado en el seno del foro una emocion tan profunda.

M. Ollivier tenia que defender ante la sexta Sala á un profesor distinguido, uno de sus amigos, M. Vacherot, prevenido de un delito de prensa. El orador del ministerio público acababa de asentar sus conclusiones. En qué términos? lo diria de buen grado á mis lectores, si la ley me autorizara á ello. Todo lo que me es permitido referir aquí, son la palabras con las cuales M. Ollivier creyó deber calificar esta requisitoria:

«En un debate de esta naturaleza, dice, la primera ley, lo mismo que la primera condicion, es una extrema moderacion; así que no contestaré las partes irritantes de la requisitoria del señor abogado imperial: este llamamiento á las pasiones es malo...»

Esto, entendámonos bien, es la version de M. Ollivier, quien afirma hallarse seguro de sus recuerdos. Pero el proceso-verbal del escribano y el juicio del tribunal presentan cada cual una diferente. — Segun el tribunal, M. Ollivier se habría explicado en estos términos: «El ministerio público ha hecho llamamiento á las pasiones mas irritantes, esto es malo y lo siento.» — Segun el escribano, habría dicho: «La requisitoria acaba de hacer llamamiento á las pasiones violentas, esto es malo y digno de sentirse.»

— Para qué, tío, pues que su vista no puede cambiar mi determinacion?

— Pero, habrás visto nunca semejante testarudo! exclamó el comandante levantándose de la mesa y paseándose á grandes pasos.

— Vamos, tío mio, decia Luis, procurando calmarle, vamos, estábamos tan bien en perfecto acuerdo hace un momento!

— Hace un momento! hace un momento! murmuraba entre dientes el anciano marinero; no te complacias en contrariarme como ahora!

— Pero si no me complazco en contrariar á Vd. Amo de todas veras á una jóven; no es culpa mia si Vd. se ha puesto á amar á otra; por mi parte, no le he estendido á Vd. poder sobre este particular.

— Pero en fin, repuso M. Morizot no pudiendo mas de cólera y habiendo agotado todos sus argumentos, quién es esa jóven?

— Recuerda Vd., tío, una carta que le escribia, el año pasado, y en la cual le referia cómo había yo conocido, en casa de M^{me} Levallois, á una jóven á quien aquella había tomado como institutriz...

Aquí respiró el comandante. Acordábase en efecto haber recibido una carta de su sobrino, en

la cual le hablaba éste estensamente de un proyecto de matrimonio para el cual le pedia su aprobacion; pero este proyecto le había parecido al comandante tan poco serio, que no se había detenido en considerarle, y aun era un milagro que se acordase todavía de la carta á la cual Luis acababa de hacer alusion.

— Así que, dijo riéndose, trátase siempre de aquella jóven que no tiene ni padre ni madre, y que da lecciones de piano? Ah! qué broma! es lástima que la hagas durar tanto tiempo.

— No veo lo que hay en esto de risible, repuso Luis, picado de la risa de su tío; no sé que haya deshonor en dar lecciones de piano.

Pero M. Morizot se reia á carcajada tendida.

— Sí, continuó, una jóven que ha sido educada en San-Dionisio, cuyo padre era general.

— Su padre era oficial, y ha muerto en el servicio, interrumpió Luis.

— Sí, sí, siempre la misma historia.

— Tío, dijo Luis tomando su sombrero, está usted demasiado alegre esta mañana para hablar de cosas serias!

— Llamas á eso cosas serias! repuso el comandante.

— Sí, tío mio, el afecto que tengo á esa jóven,

digna de todos los respetos y de todas las simpatías, es lo mas serio que hay en el mundo.

Y el jóven se encaminó hacia la puerta.

— A fé mia, exclamó M. Morizot corriendo detrás de él, diríase que no se chancea. Vamos, Luis, escúchame, amigo mio. Pues bien! sí, creo que es cosa seria, demasiado seria aun, ya lo veo. Pero tambien porqué diablos vas á enamorarte de una muchacha que no tiene nada?

— Le aseguro á usted, tío, que no la he elegido de intento; por otra parte, hace poco me decia usted que vale mas que en un matrimonio la mujer se lo deba todo á su marido.

— No hablaba por ella de ese modo. Pero ya abandonarás esa pasion, amigo mio. Y la prueba de que no es tan grande como supones, es que desde hace cerca de un año, estás aun esperando mi consentimiento para casarte con esa jóven. Si la amaras tan seriamente como dices, no habrías hecho caso de mi asentimiento. La verdadera pasion no es tan prudente y tan razonable. Ya lo ves, nada tienes que responder, añadió apercibiendo la hesitacion del jóven.

Luis meneó la cabeza.

— Sin duda, nada tienes que responder.

— Cree usted, tío?

— Pues bien! vamos, habla, haz valer tus ra-



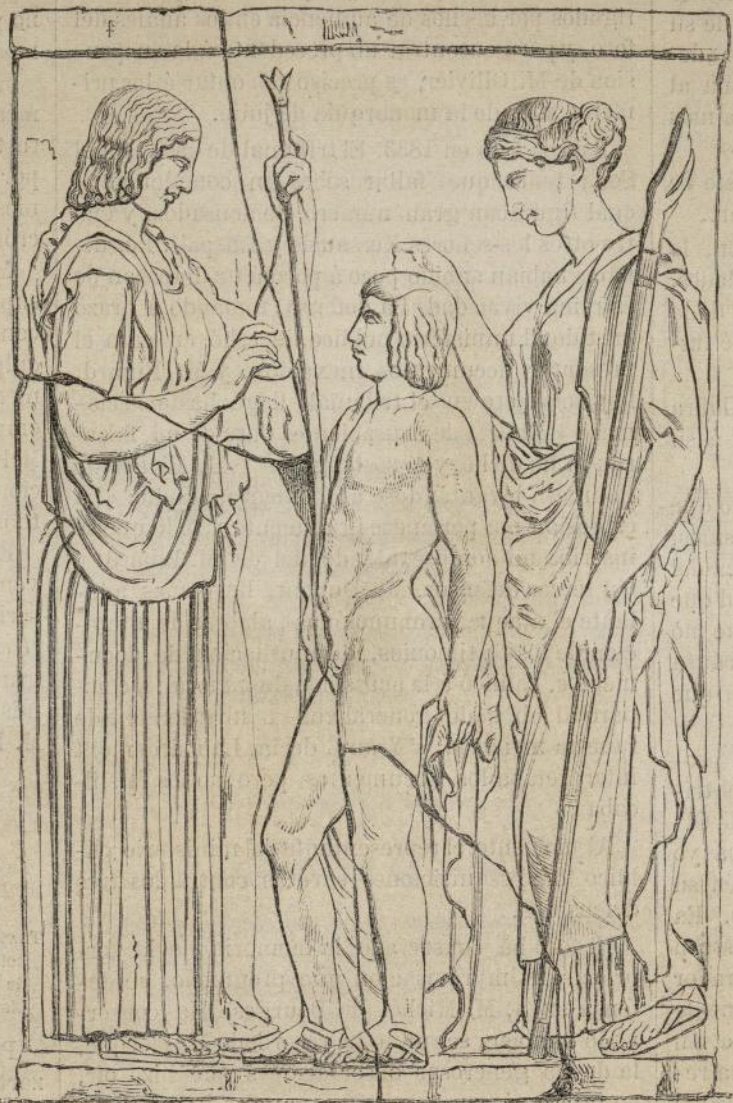
El monte Peter-Botte (Isla Mauricio).

Sea lo que fuere del texto mismo de las palabras pronunciadas, ellas despertaron la susceptibilidad del tribunal; y el señor presidente, interpellando al abogado: «Acabais de cometer una inconveniencia, le dijo, retractadla!» A lo cual replicó M. Ollivier: «Señor presidente, creo no haber dicho nada de inconveniente, nada tengo que retractar.» La misma prescripción dirigida varias veces fué seguida constantemente de una respuesta análoga, y finalmente intervino la consabida sentencia.

Delante de la Sala, M. Ollivier se ha mantenido en su denegación á retractarse: ha manifestado que, dirigiéndose sus palabras á la requisitoria y no á la persona del ministerio público, eran no solamente de su derecho, sino necesarias á su defensa. «Sin duda, ha dicho, la persona del magistrado tiene derecho á todos mis respetos, pero su requisitoria me pertenece; es mía, y tengo el derecho de discutirla, de combatirla, de tacharla de falsa, de hollarla á mis pies!»

Así se ha planteado la cuestión, así la han debatido sucesivamente el decano Plocque en compañía de todo el consejo del orden, y el señor procurador general Chaix d'Est-Ange. El foro ha sucumbido y la sentencia del tribunal ha sido confirmada por la corte suprema.

Se ha hablado mucho en el debate,



Bajo-relieve de Triptolemo, recientemente descubierto en Eléusis y traído por M. Lenormant.

y en términos muy patéticos, de la gran familia judicial. En esta familia, ay! como en muchas otras, la armonía ha sido turbada demasiadas veces. No faltan los ejemplos, y hé aquí algunos que tomo de la audiencia de la cual tengo que daros cuenta:

Uno de los mas célebres juriscultos, el mas célebre quizás, Carlos Dumoulin, litigaba ante el primer presidente de Thou. Dumoulin no articulaba con facilidad: tartamudeaba, tanteaba, anunciaba. El primer presidente — que era nervioso — se volvía y revolvía en su asiento. Al fin, no pudiendo mas: «Cállese usted, exclamó, M. Dumoulin, es usted un bestia!» Dumoulin se calló, pero el orden de los abogados no quiso que la injuria dirigida á uno de sus miembros se quedase sin reparacion. El decano, en union de una diputacion de los antiguos, se dirigió á la audiencia del primer presidente, y le dijo con gravedad: «Habeis ofendido á un hombre mas docto de lo que nunca seréis vos!» De Thou era un hombre de tacto: disculpóse de buen grado: «Es cierto, respondió, he hecho mal, no conocia todo el mérito de M. Charles Dumoulin.»

Pero hé aquí otro que se halla mas cercano á nosotros:

En 1822, un joven abogado, litigando en una causa política, atacó vivamente la declaracion de un general de la Restauracion. Invitado á



Habitantes de Tetuan, viniendo á pedir al general O'Donnell que tome posesion de la ciudad.

retractarse, rehusó redondamente. M. Mérilhou se hallaba en el pretorio, tomó la defensa de su joven compañero, y el tribunal, informado, declaró que no había que aplicar ninguna pena al abogado, advirtiéndole solamente que fuera más circunspecto en lo sucesivo.

El defensor de 1822 ocupa hoy un puesto de confianza cerca del soberano: es M. Mocquart.

En aquel entonces, bajo la Restauración, la palabra del abogado tenía ciertas vivacidades, osadas extremas que, gracias á la libertad de la defensa, pasaban las mas veces escusadas é impunes. Oid esto:

M. de Vatimesnil acababa de usar de la palabra delante del jurado. El abogado se levanta á su vez, y hé aquí su exordio:

« Os haré observar desde luego, señores, lo que sin duda habréis advertido vosotros mismos, que la acusación ha tomado aquí, en boca del ministerio público, un carácter de acritud que absuelvo de toda mala intención, pero que no por eso contrasta menos, de un modo que causa aflicción, con la imparcialidad y la calma que exigen las funciones de acusador. »

Quién habla de este modo? M. Dupin, el procurador general que acaba de asentar en el tribunal de casación, en la causa misma de M. Ollivier, las conclusiones notables que señalaba y recientemente. En hora buena, ese es bien su lenguaje, reconozco sus aires militantes. Ea bien! véase sin embargo hasta donde arrastran los vientos de la situación. Hé aquí á un orador distinguido, pero cuyo talento tenía ciertamente mas elegancia y galas que pasión y aspereza, un hombre que en las diversas carreras que ha recorrido, en la del foro, en la de estrados, en la del jurado, en la cual ocupaba aun no ha mucho un sillón de presidente, ha adquirido fama de benevolencia y de amenidad, M. Berville por decirlo todo, que, defendiendo á Paul-Louis Courier, no tenía embarazo de decir á M. Broë las siguientes palabras:

« La acusación debe al exceso mismo de su aburrido la ventaja de sorprender á su adversario y de encontrarle desarmado... A falta de razón, á la cual no se puede convencer, se procura sublevar las pasiones; al delito de la ley que no se puede establecer, se intenta sustituir el delito de opinión. »

zones! exclamó el comandante cuya virtud principal no era la paciencia.

— Tío, hace mucho tiempo que he creído apercibirme que usted me consideraba como su hijo, y que se reservaba el casarme según su gusto.

— Ah! te has apercibido de eso tú solo! murmuró el viejo marino.

— La prueba de ello es que el año pasado había usted arreglado un pequeño matrimonio á su gusto, y que he tenido mucho trabajo en deshacerlo, pues me habían arreglado ustedes del mas bonito modo.

— Y bien! qué mas?

— Ahora bien, continuó Luis, he creído que si me casaba sin consultarle y sin su beneplácito, era posible que me desheredara usted.

— Posible... posible... podrías decir cierto.

— Era cierto que me desheredaría usted, repuso el joven sin desconcertarse.

— Sí, cierto, mas que cierto! exclamó el comandante exasperado cada vez mas por la calma de su sobrino.

— Ahora bien, continuó éste sin conmoverse mas, no teniendo fortuna y hallándose en el mismo caso la mujer á quien amo, he tenido que renunciar á este enlace hasta que hubiese obtenido el consentimiento de usted.

No son frecuentes los ejemplos de abogados castigados por hechos de audiencia en los anales del foro, y para encontrar un precedente á la suspensión de M. Ollivier, es preciso remontar á los primeros años de la monarquía de julio.

Pasaba esto en 1833. El tribunal de assises del Sena tenía que fallar sobre un complot en el cual figuraban gran número de acusados, y entre otros los señores Kersausie y Raspail. Los debates habían subido poco á poco á un diapason de extrema vivacidad. La defensa, tomando á brazo partido al ministerio público, le echó en cara el presentar documentos inexactos, y M. Pinard, hoy consejero en el tribunal, llegó hasta exclamar: « El acta de acusación es obra de un falsario; lo he dicho y lo sostengo! » Y M. Michel (de Bourges), levantándose al momento, añadió: « La expresión me pertenece igualmente y pido que se inscriba mi nombre al lado del de M. Pinard. » Un tercer defensor, M. Dupont, llevó mas adelante el ataque, pronunció las palabras de alteración de los testimonios, de mutilación de documentos, calificó á la acusación de inmoral, y comparó al abogado general con Laubardemont de funesta memoria. « Y aun, decía, Laubardemont interpretaba los documentos, pero no los falsificaba! »

Al momento el representante del ministerio público tomó requisiciones severas contra los tres defensores.

El foro ha conservado la memoria de la sorprendente improvisación que pronunció, en defensa suya, M. Michel (de Bourges). Ha conservado también, según lo ha recordado M. Ploque, la de las generosas observaciones que hizo oír, en interés de sus compañeros que se hallaban en peligro, y en particular de M. Pinard, un miembro del consejo del orden que se hallaba presente en la audiencia, M. Delangle. Pidió al tribunal en nombre de la libertad de la defensa, su absolución completa. « Si se pudiera pronunciar una suspensión contra M. Pinard, decía al terminar, no habría ya defensa posible ante el tribunal de assises. »

Lo que no impidió que fueran condenados los tres abogados: MM. Pinard y Michel (de Bourges) á seis meses de suspensión y M. Dupont á un año de la misma pena.

Es cierto que M. Ollivier no ha sido condenado

— Que no tendrás jamás. Así que, harás bien en renunciar á él para siempre.

— Hasta que hubiese obtenido el consentimiento de usted, repitió Luis, ó hasta que me hubiese creado una existencia honrosa é independiente; entonces, esperando la vuelta de usted y previendo su oposición, me he puesto á trabajar, lo que me ha hecho mucho bien, y le ha economizado á usted algunos billetes de banco.

— Te has puesto á trabajar, preguntó el comandante estupefacto, es pues cierto?

— Lo mas cierto.

— Y á qué trabajo te has dedicado?

— A la literatura. He publicado ya dos ó tres novelas en diversos periódicos, y publicaré próximamente un folletín en el *Mundo ilustrado*.

— Y teniendo ese oficio pretendes casarte, alimentar á tu señora, á tus hijos? es una locura!

— No tan grande como lo cree usted, tío, la literatura tiene hoy un buen rendimiento: sabe usted lo que produce por ejemplo á M. Octave Feuillet el *Roman d'un jeune homme pauvre*? Mas de ochenta mil francos. No he llegado aun hasta eso, añadió sonriéndose el joven; pero en fin, mis artículos, que no podía yo hacer insertar en un principio, ni aun por nada, comienzan á gustar, me los pagan á veinte céntimos la línea, muy

sino por tres meses; pero cuán suaves y anodinas no parecen sus palabras al lado de las que acabamos de leer!

Esta historia retrospectiva de las querellas domésticas del foro y de la magistratura me ha arrastrado algo lejos, obligándome á descuidar por esta vez algunos miserables bastante ingeniosos á los cuales pienso echar el guante en una crónica próxima.

Me limitaré por hoy á mencionar la última, la suprema derrota del *doctor negro*. El tribunal ha confirmado la sentencia que le ha condenado como culpable de estafa á quince meses de cárcel y quinientos francos de multa. La condena que da al empírico javanés un alojamiento en Poissy ó en Melun, le recuerda que ha ocupado una habitación de mil quinientos francos provista de sumptuoso ajuar: esto es duro.

El *doctor negro* tendría que ejercer una buena venganza de la justicia y de la facultad: esta sería el revelar por fin al público su *quina contra el cáncer*. En su lugar no titubearia yo un segundo, aun cuando tuviese que llevar contra sí mismo M. Velpeau sus manos con violencia y M. Fauvel morir de despecho.

PETIT-JEAN.

CRÓNICA MUSICAL.

TEATRO-ITALIANO: Repetición de *Don Giovanni*, ópera en tres actos, de Mozart. — TEATRO DE LA ÓPERA-CÓMICA: repetición de *Galatea*, ópera-cómica en dos actos, de MM. Carré y J. Barbier; música de M. Victor Massé. — Noticias.

Para poner en escena la obra maestra de Mozart, se necesitan tres cantatrices de talento, sin lo cual no hay *Don Juan* posible. Contra este triple escollo hemos visto estrellarse á mas de una dirección.

Con efecto, esta colosal partitura no sufre ni un solo papel secundario de mujer. Al escribirla, Mozart la dió en lote esa condición y ese destino.

Llamado á Praga, en 1787, por el signor Bondini, empresario del teatro, el maestro halló en la compañía que debía interpretar su ópera tres cantatrices de un talento prodigioso y de un amor propio no menos grande.

« Tenga usted mucho cuidado, díjole Bondini, si la parte de alguna de ellas es superior á las de sus rivales, yo no respondo del éxito. »

pronto será á veinticinco, mi nombre comienza á ser conocido; y á propósito, añadió sacando dos monedas de oro de su bolsillo, hé aquí el premio de mi primer artículo, dinero que he ganado yo solo; y nunca me ha causado tanto placer ningún otro dinero. Y desde que sé lo que cuesta ganarlo, me he hecho económico, arreglado, y me he acostumbrado á no tener necesidad de nadie, ni aun del mejor de los tíos, añadió Luis sonriéndose.

— En primer lugar, yo no soy bueno, y te prohíbo que digas que soy bueno; por entermecerme dices eso ¿no es verdad? pero pierdes tu tiempo. Cásate con quien quieras, ya veremos cómo te arreglas con los productos de tu literatura.

— Oh! bien sé que no tendremos un gran tren y que habré de trabajar rudamente en los primeros tiempos para ganar siquiera con qué vivir en este París, pero si veo que no logro crearme un nombre y una posición, pues bien! me quedan tres ó cuatro mil francos de renta de la fortuna de mi madre, con los cuales nos iremos á vivir al campo. Tendremos una pequeña casa cerca de los bosques y no lejos de un río; pasaré la mañana trabajando; por el día harémos largos paseos, y por la noche leerémos ó conversarémos al lado de la chimenea. Procurarémos estar bien con el cura y el alcalde para hacer una partida de cien-

«— Tranquilícese usted, respondió Mozart, las serviré como á reinas.»

Puso manos á la obra, y sabido es cómo logró equilibrar la importancia de los tres papeles, de donna Anna, de Zerlina y de Elvira. Si la Saporiti tuvo envidia de la Bondini, ó ésta se creyó menos favorecida que la Micelli, sería porque decididamente aquellas señoras tenían un genial mal conformado, con tanta mas razon, cuanto que el público hizo á su vez tres partes iguales de sus aplausos, medida excelente para reconciliar á las rivales mas rencorosas.

No por eso es menos cierto, sin embargo, que ese escaso de riqueza melodiosa que ostenta el *Don Giovanni* ha sido con frecuencia un obstáculo para su buena ejecucion. Se recordará que en el año anterior, las representaciones que de él se dieron en el Teatro-Italiano casi degeneraban en caricatura; reíase entre bastidores, reíase bajo el peristilo, y el público se figuraba que asistía á una parodia.

Pero nos complacemos en reconocer que el señor Calzado ha sabido este año tomar su despiece del anterior. Los mas delicados, los que se acuerdan aun de García, el bullicioso Don Juan; de Rubini, el tierno Ottavio; de la Sontag, de la Malibran y de la Tadolini, esos refinados dilettanti, decimos, se han declarado satisfechos. Háse no obstante criticado, y con razon, varios movimientos que han sido sensiblemente apresurados por el jefe de orquesta, con grave detrimento de esa música tan rica de finura y de gracia.

La señora Penco es una Donna Anna de las mejores que hemos oído; la Alboni desempeña magistralmente su papel de Zerlina, y la señora Cambardi luce las mas bellas notas de su voz en el de Elvira, uno de los mas favorables á su talento.

En cuanto al señor Badiali, preferimos oírle cantar el papel de Asuero al de Don Juan, el cual exige una agilidad y desenvoltura de que él carece. El trozo que ha cantado mejor Badiali es la serenata del segundo acto; pero también, qué serenata victoriosa!

— En la Opera-Cómica se ha repetido igualmente la *Galatea*, uno de los triunfos de M. Victor Massé. La señorita Werteimber ha recobrado el papel de Pygmalion, que creó ella desde el principio, y que Faure cantó despues. La señorita

Werteimber posee excelentes notas graves; pero su registro agudo deja mucho que desear, con respecto al timbre y á la afinacion. La grande aria:

Douce magie,
Folle Chimère,
.....

ha sido bien comprendida y ejecutada por la señorita Werteimber, á quien no es posible negar el sentimiento dramático.

La señorita Cabel nos agradaría tal vez mucho, si no recordáramos á la señora Ugalde, que cantaba con un vigor incomparable la canción báquica del segundo acto.

Saint-Foy es siempre de un cómico perfecto bajo el traje de Midas. Prodigia tanto ingenio para parecer tonto, como ciertos tontos de naturaleza se esfuerzan por parecer ingeniosos.

Ponchard es un Ganymédes esmerado, pero menos original que Mocquer.

— El Teatro-Lírico acaba de dar una nueva obra de M. Gounod (*Filemon y Baucis*). La abundancia de materiales nos obliga á aplazar su noticia para el sábado próximo.

ALBERT DE LASALLE.

CORREO DE LA MODA.

El París elegante goza de su resto, cantan al unísono los cronistas, y muy pronto van á comenzar las austeridades de la coquetería y del placer. La cuaresma opera sin duda una transformación en las recepciones de la sociedad, pero en materia de penitencia formal, los bailes toman el nombre de saraos, y los saraos el de conciertos. No por esto dejan de vestirse las señoras en traje de baile, y ciertas bellas continúan ostentando hombros que con frecuencia no les pertenecen. Esta reflexión parecerá un sí es no es malévola y me acarreará tal vez mas de una hermosa enemiga, pero ocurreseme, porque he visto la semana pasada, en un salón, algunas señoras muy jóvenes escotadas de un modo tanto mas irracional, cuanto que eran horriblemente flacas. Si esas pobres vanidosas de hechizos ilusorios, oyeran á esos mismos hombres que, durante una contradanza, las inciensan con lisonjas, de dientes afuera, se envolverían de priesa en gasa y tul, y dejarían cam-

pear á la imaginación en vez de arrancarla sus ilusiones.

No ha dado Dios á la juventud lo que no se puede comprar mas tarde ni á peso de oro, es decir, la frescura y los encantos? El día que la violeta quisiera salir de su espesura de verdor y treparse audaz á una elevada rama, no sería ya violeta, sino una florecilla cuya amplitud y forma sería digna de crítica.

He dicho muchas veces, y lo digo también hoy, — la compostura es un estudio. — No es elegante quien quiere serlo. La verdadera elegante no debe parecer jamás elegante. Es necesario que su lujo llegue á ser una especie de cualidad natural, y que su elegancia no parezca ataviada.

Cuántos tocados que parecen faltos de garbo y embarazosos! cuántas cachemiras que parecen salir de sus cartones!

La cachemira es el escollo de la mujer vulgar, quien la considera como un adorno, y no como una cubierta confortable en la cual debe una abrigarse y envolverse.

Por esto coloco yo á la cachemira muy arriba de la confección.

Todas las mujeres pueden llevar, mas ó menos bien, una confección; muy pocas tienen la intuición y la gracia para ponerse una cachemira.

Pues que hago un estudio profundo de la cachemira, voy á presentaros una que pertenece á los *Almacenes del Louvre*, y que se intitula orgullosamente la *Apoteosis*. Abrís grandes ojos, y creéis que os hablo de una magia de los hermanos Coignard. La apoteosis de las cachemiras es ciertamente una magia en su especie, pues acercándose á la perfectibilidad y al colorido de los productos indios, y desplegando una variedad de dibujos artísticos, confundiendo en matices suaves y puros, esta cachemira reasume la perfección maravillosa de la fabricación francesa.

Se necesitaría una lente para admirar lo tenue del trabajo y los mil y mil caprichos del artista y del dibujante. Una cachemira francesa bajo tales condiciones rivaliza con las mas hermosas cachemiras de las Indias, y encuentra su lugar en las mas ricas canastillas de boda.

La primavera es la estación de las cachemiras, pensad en esto de antemano. Al momento que luzcan los primeros rayos del sol, los trajes serán mas gallardos, los sombreros mas frescos, y la

tos ó de boston. Iré á la pesca en verano, á la caza en invierno; seré regidor y mayordomo de la parroquia: es una vida que vale tanto como otra cualquiera, y que, seguramente, es preferible á la que he llevado hasta aquí.

Es cosa imposible describir la sorpresa de M. Morizot al oír semejante lenguaje en la boca de su sobrino, y su estupefacción era igual á su cólera. En verdad que el matrimonio que habia proyectado entre Luis y la hija de su antiguo camarada no era uno de esos proyectos por mucho tiempo meditados y cuya ruina trastorna al hombre mas tranquilo; aun es evidente que una hora antes no habia pensado en ello; pero el comandante, que era en el fondo el hombre mas dulce y el mas fácil de vivir que se pudiese encontrar, no podia soportar una abierta resistencia. El hábito del mundo en los marinos y los soldados les hace muy difícil sufrir la menor contradicción, y el no hay que hacer observaciones que caracteriza tan bien al cabo ú al sargento, al hablar á sus inferiores, se manifestaba en la boca del comandante con esta frase que él murmuraba entre dientes marchando á grandes pasos:

— Cómo, habré hecho virar de bordo á buques de 120 cañones, y no podré hacer cambiar de idea á este muchacho!

— Pues bien, tío mio, le dijo Luis, dejemos á

un lado esta materia, pues que le contraría á usted, y continuemos almorzando.

— No tengo ya hambre; me has quitado el apetito con tu obstinación.

— Pero le aseguro á usted, tío, que no pongo en esto la menor obstinación, y que siento mucho el contrariar á usted.

— Ea bien! veamos, si no eres un testarudo, y si no lo haces de intento para contrariarme, consiente en ver á la joven que te destinaba, y cuando la hayas visto, si persistes, bien! te dejo libre.

— Para qué? respondió Luis; si me hallo seguro de no cambiar de resolución, y mi denegación le irritará á usted mas cuando haya yo visto á esa joven. Por otra parte, ahora mi denegación nada tiene de injurioso para ella, mientras que despues de haber consentido en conocerla...

— Es decir, que no quieres darme siquiera la mas pequeña prueba de deferencia?

— Si yo le propusiera á usted el conducirle á ver á la que amo, consentiría usted en ello? respondió Luis.

— No, mil veces no! exclamó el comandante.

— Pues bien! tío mio, añadió Luis, tomando por la tercera ó cuarta vez su sombrero, ya ve usted que nunca nos pondremos de acuerdo sobre

este particular; déjeme usted casarme á mi gusto, y busque otro marido para su protegida.

— Si, le encontraré otro, exclamó M. Morizot exasperado, y yo soy quien me casaré con esa pobre muchacha, á la cual rehusas sin conocerla; y la amaré, y tendré hijos á quienes dejaré toda mi fortuna.

— No lo dudo, tío, pues será usted muy pronto bastante viejo para eso, respondió Luis dirigiéndose hacia la puerta.

Pero abrióse ésta en aquel mismo instante y dió paso al doctor Méchain que acompañaba á Mlle Borda.

— Cielos! sería ella la que me destinábais? preguntó Luis estupefacto.

— Era tal vez la tuya? preguntó á su vez el comandante.

— A fé mia, sí! respondió Luis lleno de alegría.

— Entonces valía bien la pena, repuso el comandante, de hacer tanto el mala cabeza y el testarudo.

— Testarudo, testarudo, murmuró el joven, me parece que éramos bien dos testarudos.

PAUL DHORMOYS.

mujer, lo mismo que la mariposa de alas de oro y azul, saldrá de su crisálida. En la *Mezquita del Louvre* encontraréis deliciosas cachemiras indiasá muy buen precio, elegantes cachemiras cuadradas de cuatro caras, que harán el oficio de cuatro cachemiras. Una negra — una blanca — una verde — una encarnada — para cuatro trajes diferentes.

Hé aquí lo que es economía bien entendida, ó no entiendo yo nada de eso.

Os he dicho que se bailaba siempre y que los trajes de baile se hallaban á la orden del día.

La mayor parte de las bellas se visten de hadas y de reinas de teatro. No les falta mas que la varita mágica para decir á todos los que las rodean: « Puedo conducirlos á una isla encantada, en la cual se hallan la felicidad, el olvido y el placer. »

Si fuera yo seriamente hombre, honor que declino y que no apetezco de ningun modo, diria que los ojos de las hadas de los salones son dos talismanes mas poderosos que la célebre varita mágica, pero en mi calidad de cronista, me permitiré afirmar que los trajes bordados de oro no caen bien á todas las mujeres. Es necesario ser bella, blanca, distinguida, y tener brazos y hombros modelados por el cincel de Pradier. Soy muy exclusivista, os lo prevengo, porque me gusta lo bello y lo verdadero en todas las cosas.

Puesto que se sale de lo trivial del traje, es necesario salir de lo trivial de las mujeres.

Lo que es suave y vaporoso como un ojo de polvo á la mariscala, es el traje siguiente, que he visto en los salones de *M^{lle} Fauvel*, la costurera-artista por excelencia. Cuando quiero modelos sencillos y de buen tono, sé en donde los encontraré.

Este traje es de tul ahuecado, adornado en su parte inferior de tres volantes de blonda que ondulan en forma de festones redondeados. Entre cada feston se ostenta un ramillete de bolas rosas transparentes montadas con un follaje verde escarchado de rocío. Parece que por la noche las bolas rosas se hallan iluminadas á *giorno*, y que la luz se tamiza por ellas suavemente como en un limpio espejo. Sobre esta primera falda de tul caen tres faldas de blonda de florecillas levantadas de lado por un ramillete semejante de bolas rosas. La primera falda flota en forma de velo sobre los ramilletes y la blonda. El corpiño no se puede describir. Es un gracioso desorden de tul y de blonda que forman un conjunto perfecto.

Otro traje, no menos elegante, es digno de una joven desposada. Es de tafetan blanco, con ahuecados de gasa, y doble ahuecador de crespon que orla la parte inferior de la falda. Además, hay cinco volantes recortados con sacabocado, separados cada uno por un mismo ahuecador doble de tafetan y de crespon. El corpiño es muy cumplido. Con una corona de lilas blancas y de flores de naranjo, un corpiño montante y un largo velo de tul que envuelve el traje, se podría decir á una hermosa joven: « Señora desposada, partid para el himeneo. »



Exposicion del boulevard de los Italianos. á beneficio de la caja de los artistas. — *El Tasso en la cárcel*, cuadro de M. Gallait, perteneciente á M. Yakounstchikoff.

Y ese tercer traje de tarlatana blanca, con siete volantes moteados de negro y de oro y orlado de una greca negra y oro, cómo le encontráis?... Que es muy modesto para un traje que habla de oro. También es esa mi opinion.

Os indicaré también un vestido azul celeste todo festoneado de bolas de plata en ondas de tul.

La Hada de las perlas debe vestirse así en el reino de las nubes.

Las hadas usan crinolina?...

Las bailarinas de la *Opéra* podrian responderos mas categóricamente que yo sobre esta materia; pero lo que yo sé positivamente, es que las hermosas continúan siempre yendo en jaula. Todas las que quieren salir de la *falda-jaula Milliet*, y llevar una falda de aros mas ó menos ahuecada, revelan en seguida la supercheria de su talante. Las es imposible hacer creer que llevan tres ó cuatro faldas almidonadas. La *falda-jaula Milliet*, no hallándose recubierta de ningun tejido, no se bambolea ni á derecha ni á izquierda, y conserva toda su flexibilidad. El acero se dobla, pero no se rompe, mientras que si halla una resistencia, estalla al menor choque. A esto, se me contestará: pero los piés se enredan en la jaula!

No temais nada; la *casa Fouqueteau* ha perfeccionado de tal manera la *falda-jaula Milliet*, que la parte inferior de la jaula se halla contenida en una doble funda, que se quita con facilidad, gracias á un mecanismo ingenioso.

La *casa Fouqueteau* confecciona la falda en la mas elevada escala de la elegancia. Sin que esto sea jugar con las palabras, allí se compra el talante.

El mas nuevo modelo en perfecta relacion con

los vestidos al sesgo (*en biais*), se llama *falda-jaula Imperio*.

Hay todaviala *falda-jaula Acree* y la falda abrigantada de cola, en otros términos, Falda de Corte.

La cuestion de la falda es tan importante en el tocado, como la cartera de ministro de negocios extranjeros lo es en politica.

En verdad, nos encrinolinamos mucho menos, pero nos enfaldamos todavia y nos enfaldaremos siempre.

La elegancia oculta y estudiada da valor á la elegancia que se ostenta.

Vizcondesa de RENNEVILLE.

EXPOSICION DEL BOULEVARD DE LOS ITALIANOS.

El Tasso en la cárcel, de M. Louis Gallait, es un lienzo que llama singularmente la atencion de los aficionados. Sentado sobre una miserable cama, el poeta, en actitud de melancólico ensueño, tiene las manos alumbradas en plena luz por un rayo de sol que se infiltra al través de una buharda, dejando todo el resto del estrecho aposento en un claro oscuro. El dibujo del personaje es admirable; sobre todo, la cabeza y las manos son sobresalientes. La disposicion general y la perfecta ejecucion elevan este cuadro á la altura de una página histórica. Por lo demás, M. Louis Gallait, cuyas obras son muy buscadas y estimadas en nuestras exposiciones, ocupa el primer rango entre los pintores belgas modernos.

LÉO DE BERNARD.

CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

| | |
|--------------------|--|
| AREQUIPA. | D. Manuel G. de Castresana. |
| ARICA. | Sres. Calmann y Riobó. |
| BOGOTÁ. | D. Rafael Mogollon y Guzman. |
| BUENOS-AIRES. | D. Federico Real y Prado. |
| | Sres. Frias, hermanos. |
| CARÁCAS. | Sres. Rojas, hermanos. |
| CARTAGENA. | D. Joaquin F. Velez. |
| COBUIA. | Sres. L. Durandean y Compañia. |
| COLON. | D. Joaquin B. Donalisio. |
| GUATEMALA. | D. Pablo Blanco. |
| GUAYACIL. | D. Luis Abadie. |
| GUAYAMA. | D. Narciso Daussá. |
| HABANA. | Sres. Charlain y Fernandez. |
| LA PAZ. | D. José Herrero. |
| | D. Benito Gil. |
| LIMA. | P. Bailly. |
| | Sres. José Macias é hijo. |
| MÉJICO. | Sres. Maillefert y Comp. |
| MENDOZA. | D. F. Civil. |
| MONTEVIDEO. | D. Teodoro Reissig. |
| | D. Federico Real y Prado. |
| PANAMÁ. | D. José M. Aleman. |
| | D. José M. Sanchez Enriquez. |
| PUERTO RICO. | D. Ignacio Guasp. |
| ROSARIO. | Federico Reissig. |
| SAN FRANCISCO. | M. Biesta. |
| STA. MARTA. | D. José A. Barros y Comp. |
| | D. Pedro Yuste y Comp. |
| SANTIAGO DE CHILE. | Libreria-ajencia del <i>Mercurio</i> . |
| | D. Ramon Morel. |
| SAN TOMAS. | D. Luis Guasp. |
| TAGNA. | D. Clemente Bartibas. |
| TAMPICO. | D. A. Gutierrez y Victori. |
| | D. Santos Tornero y Comp. |
| VALPARAISO. | D. Nicasio Ezquerro. |
| | D. José Perez Anguita. |
| VERACRUZ. | D. Juan Carredano. |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nonvelle, A. Bourdilliat, 18, rue Breda.